

# EL GUARDIÁN DEL FARO

TRISTÁN

Hoy hace tres días que me encuentro aquí, casi aislado por la nevada que cayó el domingo, y que ha dejado incomunicado este pequeño pueblo de la sierra y los de los alrededores. Me vine solo, porque hace tiempo que estoy solo, a pasar el fin de semana a la casita que tengo en el campo cerca del pueblo, pero más alta, donde puedo respirar aire puro y ordenar mis ideas. Dice mi vecino inglés, que vive un poco más arriba, pues sólo estamos los dos en esta zona, que se ha informado de que la máquina quitanieve llegará mañana porque, hasta ahora, se han ocupado de las carreteras más transitadas de la comarca. Ya hacía años que no nevaba así, y aquí en estas fechas hay poca gente, espero que no se olviden de nosotros.

Afortunadamente, por mi jubilación, no tengo que preocuparme por faltar al trabajo, y me puedo permitir estos retiros. Por cierto, me llamo Arturo, y apenas hace dos meses que pase a engrosar las filas de los pensionistas, aunque tengo que decir, que disfrutaba con mi trabajo, sobre todo ahora que, además de estar solo, no tengo otras obligaciones. Mi trabajo como responsable del departamento comercial de una conocida empresa de telefonía, me venía como anillo al dedo y me permitía sentirme bastante realizado, y en esto supongo que ha influido el que siempre me ha gustado el trato humano, directo... como era hasta hace poco.

A pesar de todo, no me siento nostálgico ni nada parecido, pero sí algo desubicado. Ahora intento organizar mi vida, en esta etapa que comienza.

Para bien o para mal, ya no me esperan en el trabajo, aunque eso no quita que los primeros días me echaran de menos, o al menos eso espero, porque el trato con mis compañeros y compañeras siempre ha sido más que cordial. Con algunos me veo de vez en cuando, y me gustaría seguir conservando su amistad por mucho tiempo.

Ahora tampoco yo espero, ni me espera Marián. Se fue dejando un vacío inmenso, el que ella llenaba con su vitalidad. Pero aquel fatídico accidente... La velocidad, el móvil, o que el camión frenó bruscamente, no lo sabremos.

Pronto hará dos años, y me voy adaptando, aunque lentamente. Trato de ocuparme en todo lo que se me ocurre: voy al gimnasio, camino, leo, escribo... Todo ayuda, pero ella no sale de mi mente. Después de todo han sido quince años de avatares, de dichas y alguna que otra desdicha, pero sobre todo de un amor maduro, con lo que eso conlleva:

entendimiento, cariño, complicidad, amistad... Pero ahora me toca aprender a vivir con su ausencia.

Tampoco tengo hijos, con Marian porque nos cogió ya un poco fuera de juego, y mi relación anterior tampoco no duró lo suficiente como para planificar una familia.

Por fortuna, a parte de los compañeros, también conservo bastantes amigos y amigas que, por cierto, ya me han propuesto algunos planes, entre ellos matricularme en el aula de mayores de la Universidad, cosa que me seduce bastante, por lo que me comentan. Me esfuerzo en no perder esa actitud positiva que Marián me transmitía, y en descubrir esta nueva etapa de la vida que, intuyo, puede ser interesante. Esto me produce una una emoción triste, melancólica y a la vez expectante.

Por eso me subí a nuestra casita, como solía hacer con Marián, a riesgo de no soportar los recuerdos, y bajarla enseguida. Pero la verdad es que aquí me siento bien, es acogedora y cálida ... todo mérito de ella, pues yo aporté poco más que dar el visto bueno a todo lo que proponía. Desde aquí se disfruta de unas vistas maravillosas. Se ven algunos pueblecitos a tiro de piedra unos de otros, blancos colgados de las laderas de estas montañas, ahora también blancas. Cuando me quedo fijo observando el paisaje experimento una paz especial, que me hace sentirme parte de él, y de algo más. Entonces, veníamos a relajarnos del trabajo, y a compartir un día de campo con amigos, que muchas veces terminaba con una velada de risas con el Karaoke que Marián compró por internet, como otras muchas cosas... La verdad es que se le daba bien, siempre acertaba con las compras.

- Arti ¿te imaginas pasar temporadas aquí cuando estemos los dos jubilados?
- Pues claro, ¿por qué no? A mi... ya me queda poco.
- Podríamos comprar un congelador pequeño para poder dejar algo de comida, pues el del frigo es muy pequeño, ¿Cómo lo ves?

Hubiera sido muy buena idea. Hasta ahora, como subíamos sólo en fin de semana, solíamos traernos algo para preparar, aunque algunas veces bajáramos al pueblo a comprar por algún olvido. Eso a Marián le encantaba, y casi siempre se encargaba ella, mientras yo encendía la barbacoa o la estufa de leña, en los días de frío. Solía bajar andando por un atajo que quedaba cerca de la casa y que llegaba hasta la carretera, cerca

del ayuntamiento y del supermercado. Así que, cogía su bastón de senderismo y una mochila para meter la compra, y se ponía en marcha. Se lo tomaba como una pequeña excursión y le gustaba porque le servía de distracción y aprovechaba para hablar con algunos vecinos del pueblo, que ya conocíamos o, cuanto menos, con los dueños del supermercado que, según decía, eran muy agradables. Yo, la verdad, los conozco poco. Cuando volvía, casi siempre traía algo de más, como algún embutido casero, que le había llamado la atención, unos tomates del terreno o algo dulce para el café.

- Entonces sí que lo vamos a disfrutar -continuaba- sin tener que pensar en el lunes. Venir a pasar un día con amigos y quedarnos si nos apetece. A fin de cuentas. aquí tenemos de todo.

Y tenía razón, ella se encargaba de la intendencia, y lo hacía genial. Teníamos casi de todo, como en casa, pero a menor escala. Cualquier utensilio, ropa de verano, de invierno, y cualquier detalle que pudiera agradarnos, porque, además de perfeccionista, era única para los detalles.

María Ángeles cayó bien en mi familia y círculo de amistades, a excepción de Natalia, que siempre le tuvo algo de envidia y que, aunque tratara de disimular, a Marián no se le escapaba, porque eso con Marián era casi imposible, nadie podía burlar su radar intuitivo. Por parte suya, yo también fui bien aceptado entre sus amistades y familiares.

Aún no puedo evitar las lágrimas, pero tampoco las sonrisas, cuando recuerdo muchos momentos, quizá tontos, pero entrañables, como cuando estábamos buscando nombre para la casa. Yo solía enfadarla gastándole bromas con nombres absurdos, intentando convencerla de lo bien que le iban; y ella se molestaba porque no me lo tomara en serio, como ella.

- Los girasoles! -dije por fin- ¡Claro! ¿Cómo no hemos caído antes?

Es una flor que a ella le encantaba y, según decía, significa... algo como... no lo recuerdo, pero es algo positivo.

- Genial!, saltó Marián mirándome con los ojos muy abiertos, como no creyéndose que no se le hubiese ocurrido a ella.

¡Como nos cambia la vida! En un segundo todo se da la vuelta, y los proyectos y las ilusiones que nos quedaban por cumplir, aunque sencillas, pues la verdad es que ya no pensábamos en grandes cosas, quedan inconclusas. Nos gustaba viajar, pero ya lo habíamos hecho en bastantes ocasiones, y ahora nos apetecía más disfrutar de las cosas más sencillas, como: compartir con amigos, disfrutar más de la naturaleza paseando por el campo, o sentándonos en el porche para observar cómo se ocultaba el sol tras las colinas, una vez recorrido el valle, y ver como las casitas blancas del pueblo se volvían más oscuras y se encendían las tenues luces de las farolas, escuchar los pájaros antes de irse a dormir, las chicharras en los días de verano, o ver las estrellas las noches de verano, como hacía ella.

Durante estos pocos días, además de caminar alrededor de la casa y tomar aire puro, pues los caminos están poco transitables, me he dedicado a leer, escribir y pensar. Pero este tiempo en soledad, unido a que a penas veo la televisión, me trae también pensamientos de lo más variopintos, entre lo banal y los trascendental.

Y ahora aquí, al observar a mi alrededor, me siento como el guardián de un faro y es, precisamente, uno de los pensamientos que me han venido a la mente, seguramente atraído por el momento que estoy pasando. El imaginarme la vida de un farero, de los de antes, de los que vivían junto al faro, o en el mismo faro, vigilando su correcto funcionamiento para evitar una posible desgracia en el mar, especialmente en los días de temporal en los que apenas hay visibilidad. Aquel personaje de leyenda romántica y enigmático. Ese personaje que siempre se me ha antojado duro, valiente y sacrificado. Un héroe de andar por casa, que soportaba el mal tiempo y la soledad, con el fin de orientar a los navegantes y evitar accidentes. En cierto modo me siento como él en este momento, aunque yo aquí no vaya salvar ni orientar a nadie, salvo a mí mismo. Sin embargo, me siento en paz, es curioso...

Desde adolescente ya me llamaban la atención los faros y sus fareros y, aunque nunca conocí a ninguno, se me antojaba misterioso, e imaginaba como sería su vida. Recuerdo cuando, desde la carretera que bordeaba la costa, pues todavía no había autopista, se veían los faros en los salientes de tierra o encima de rocas oteando el mar abierto, aguantando estoicamente el chocar las olas de un mar alborotado.

Dejaba volar mi imaginación intentando descifrar esta dualidad que me parecía la vida de estos hombres, tan libres aparentemente, y tan esclavos a la vez. En algunos

momentos llegué a envidiarlos, porque reconozco que yo he sido de los que, en muchas ocasiones, he buscado la soledad, aunque ahora es muy distinto. Imaginaba que debían tener familia y amigos, pero la verdad es que me costaba, más bien me los imaginaba llevando una vida monástica. Pensaba en si descansarían algún día, y quién lo sustituiría en ese caso, o cuando enfermasen; o qué hacían cuando había alguna avería en el faro. En fin, no podía evitar llevarlos con mi imaginación a un confinamiento, cosa que no era verdad, supongo; y ahora mucho menos. Pero yo, inconscientemente, quería verlo así, alimentando mi vena romántica y aventurera que, por cierto, no me gustaba comentar con los amigos, que seguramente nunca habrían reparado en tal cosa, y les parecería una ñoñería mía.

Recuerdo cuando viajaba con mis padres y yo, como siempre, intentaba satisfacer la curiosidad, que todavía me caracteriza, preguntando a mi padre sobre lo que veía; y una vez, sobre los faros me dijo que cada uno tenía un nombre y emitía una señal distinta que lo identificaba. Eso me fascinó. Desde entonces, cuando veo alguno de noche, intento contar los segundos que transcurren entre una señal y otra, y efectivamente, cada uno tiene un código único que se repite.

No he visitado un faro, ni he conocido un farero en persona, como he dicho, pero tengo en mi memoria imágenes muy bonitas de los que he podido ver por nuestras costas o en algunos documentales de televisión. Recuerdo uno de ellos en el que se hacía un repaso por muchos faros del mundo, entre antiguos y modernos. Trataba de tipos, colores, del más antiguo, el más alto, el más conocido, etc. Había algunos muy curiosos, y me gustaban especialmente unos muy estilizados, con sus franjas rojas y blancas. Pero, de entre todos, todavía me acuerdo de uno que me llamó especialmente la atención, por su localización en medio del mar, a diecinueve metros sobre una roca erosionada por el agua, que recuerda las famosas chimeneas de las hadas tan peculiares. Se trata del Faro de Tourlitis, que se encuentra en la isla griega de Andros.

Aquí, junto a la casa, en este peñón desde el que veo este mar blanco de nieve, estoy alerta cual farero, aunque las señales de mi faro, no guían a nadie, salvo a mis mismo para no perder rumbo; y tampoco se repiten, al igual que los momentos únicos que no volverán. No hay mar que azote esta roca, sólo la nostalgia golpea mi mente.